

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *Death at Daffodil Inn*

© 2026, Necole Ryse

© 2026, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-69-8
DL: B 4.755-2026

Mapa: © Jill Tytherleigh
Diseño de cubierta: © Pip Watkins (S&S Art Dept.)
Imágenes de cubierta: © Shutterstock Images and Unsplash

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en mayo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

R. L. Killmore

Crimen en la pensión de las flores

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Para Riley, nuestra Angel:
el mundo es más luminoso porque tú estás en él*

Cinnamon Falls & Asheville



The Pit



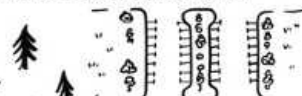
Redfern
Tavern



El club de campo
Cinnamon Crest



Prime Society &
Diamond Jack's Casino



Juniper
Heights



Capítulo 1

Morgan

Sábado

Que conste en acta que Morgan Vanessa Taylor no era muy aficionada a ser la anfitriona de celebraciones grandes y extravagantes, especialmente aquellas en las que todo el pueblo estaba invitado a tu patio delantero. Sin embargo, cuando tus padres eran los dueños de «una pensión muy pintoresca, con relajantes vistas a la orilla del río, donde se extiende un interminable campo de narcisos de una belleza impresionante», no tenías más remedio que memorizar el texto promocional de la página web, apretar los dientes y cumplir.

El Daffodil Jubilee, el festival de primavera anual de Cinnamon Falls, era la peor idea que sus padres habían tenido jamás. Su madre aseguraba que, de niña, a Morgan solía encantarle, pero en aquel entonces, habría asegurado que la tierra era plana si su madre se lo hubiera pedido, sobre todo si eso hubiera significado recibir su atención durante más de cinco minutos seguidos.

Para los forasteros, el Daffodil Jubilee se parecía a algún otro festival de pueblo pequeño de Cualquier Parte, Estados Unidos. Sin embargo, para los habitantes de Cinnamon Falls, aquella celebración significaba que, como una promesa cumplida, la primavera había llegado, cálida y dorada. Era una excusa para deshacerse de las tiritonas invernales, salir de casa para beber limonada y compartir fotografías panorámicas con los mismos diez seguidores de siempre.

Los más pequeños se perdían en el laberinto de setos o buscaban huevos de plástico detrás de matas de hierba artificial mientras todos los demás disfrutaban de la música en directo,

los puestos de mercado locales y la joya de la corona, que daba nombre tanto a la pensión como a la celebración: un jardín de narcisos amarillos y blancos que se extendía hasta donde la vista alcanzaba.

Todo había comenzado como una invitación informal casi treinta años atrás, cuando la familia Taylor había plantado narcisos en el descuidado jardín que se encontraba detrás de la hacienda recién restaurada que habían convertido en pensión. Aquella iniciativa empresarial marcaba un nuevo comienzo para la familia, así que los Taylor habían difundido la noticia a los cuatro vientos para que los viajeros, los vecinos y sus amistades fuesen a celebrar el comienzo de la primavera. La gente había asistido y, desde entonces, no había dejado de hacerlo.

Su padre, Wesley Taylor, llevaba toda la vida trabajando en la hostelería. De joven, había servido bebidas frías durante los días calurosos de verano a mujeres maduras que coqueteaban con él en el club de campo Cinnamon Crest de Asheville. Con los años, había llegado a ser ayudante de desayuno y después camarero. Los clientes habían elogiado tanto su atención que lo habían ascendido a recepcionista y, al final, a encargado, puesto que había ostentado durante la mayor parte de su carrera. Hasta que se le ocurrió la idea absurda de abrir su propia pensión.

Según se dice, cuando los padres de Morgan se enteraron de que, a las afueras de Cinnamon Falls, existía una propiedad en venta junto al río, no dejaron pasar la oportunidad de adquirirla. Combinando los ahorros que ambos habían reunido a lo largo de su vida, compraron de buen grado un terreno descuidado con una choza en ruinas abandonada tiempo atrás.

Les había supuesto años de esfuerzo, decenas de noches bañadas en lágrimas y discusiones acaloradas, pero el Daffodil Inn que conocía Cinnamon Falls era el objeto de idolatría de sus padres: el símbolo del arduo trabajo de toda una vida englobado en treinta y dos hectáreas de colinas ondulantes de exuberante vegetación que habían sido transformadas para albergar una finca encantadora que colindaba con un campo de narcisos que se extendía a lo largo de la orilla tranquila del río.

El nacimiento de Morgan, por muy emocionante que hubiese sido supuestamente, palidecía en comparación con la alegría desatada que había sentido su padre cuando la pensión al fin había abierto sus puertas apenas unos meses después de que ella naciera. No recordaba la inauguración, dado que había estado profundamente dormida en brazos de su madre, pero había visto (y desempolvado) la fotografía conmemorativa casi todos los días de su vida. Colgaba con orgullo sobre la chimenea de ladrillos del salón principal, dentro de un marco ornamentado dorado. Bajo el punto de vista de Morgan, para ellos no había nada más importante que la pensión; ni siquiera su propia hija.

A lo largo de los años, sus padres se habían perdido innumerables partidos de fútbol, debates en equipo y competiciones de baile por estar ocupados con la pensión. Siempre tenían trabajo pendiente: camas que hacer, repisas de chimenea a las que quitar el polvo, malas hierbas que arrancar o césped que cortar. Nunca tenían tiempo para ambas cosas. Al diablo con los preciosos recuerdos de la infancia.

Por mucho que Morgan estuviese resentida con el Daffodil Inn por acaparar la atención de sus padres, también sabía que su deber era ayudarlos. Por eso, cuando le habían pedido que cancelara los muy esperados planes que había hecho con su mejor amiga, Nia, para las vacaciones de primavera, había aceptado a regañadientes pasar la semana en la pensión en su lugar, preparándolo todo para la festividad.

Cada año, el Daffodil Jubilee transformaba su patio en un mosaico de carpas verdes, amarillas y blancas que ondeaban con la brisa como los pétalos agitándose bajo el sol.

Aquel año no iba a ser diferente. Los Taylor no podrían haber deseado que hiciera mejor tiempo. El sol dorado mantenía a raya el frío del invierno y Morgan se alegraba de haber optado por una camiseta de manga tres cuartos.

Observó a los niños, que chillaban de emoción con los dedos pegajosos, los ojos desorbitados y las mejillas pintadas con dibujos de narcisos, mariposas o alas de hadas. El característico aroma de la vieja receta de los bollos de canela de Rosie's se mezclaba en el aire con el toque dulce de las palomitas de maíz con caramelo y los buñuelos, así como con el

olor especiado y dulce del humo de la barbacoa. En la distancia, Rodney McIntire and the Macs, el grupo folk más popular de Cinnamon Falls, estaba interpretando una versión de un viejo clásico mientras, sentados en sus tumbonas, los padres chasqueaban los dedos al ritmo de la música, recordando el pasado.

Morgan se agachó para entrar dentro de una carpa vacía que se encontraba junto al ahumador de carne de Benny Johnson. El dueño de BBQ Joint llevaba todo el día ahumando un *brisket* con el que se le estaba haciendo la boca agua. Se enjugó la frente con el dorso de la mano y respiró hondo, inhalando humo y estrés a partes iguales. Aquel era tan buen escondite como cualquier otro, pues la mantendría alejada de las multitudes y las quejas constantes de su madre durante un segundo que parecía caído del cielo. Se recolocó la placa laminada con forma de narciso que llevaba colgada del cuello y escudriñó los terrenos del festival desde aquella posición privilegiada. Todo parecía estar saliendo como la seda.

«Apenas unas horas más», le dijo su cerebro.

—¿Es una buena señal que nadie esté llamándote a gritos o preguntándote dónde hay una alargadera? —Nia Bennet apareció a su lado, con las gafas de sol sobre la cabeza y dos botellas heladas de limonada en las manos. Entonces frenó en seco—. Perdón, ¿se suponía que estabas escondiéndote?

Nia siempre era muy oportuna y se daba cuenta de las cosas obvias demasiado tarde. Llevaban siendo mejores amigas desde primer curso, cuando Morgan se había matriculado en la Escuela Primaria Morningstar, y, desde entonces, habían permanecido unidas. Habían sobrevivido a la complicada y traumática muerte de su mejor amiga en común, Sienna, así como a la de su madre, Rosie, y, en aquel momento, se estaban embarcando juntas en una aventura nueva: la boda de Nia con el mejor policía de Cinnamon Falls, Jesse Shaw.

Aquel día, Nia llevaba los rizos recién teñidos de un tono castaño miel recogidos en una coleta alta y sus aretes de oro destallaron bajo el sol cuando ladeó la cabeza con una sonrisa cómplice al comprender al fin la situación. Su vestido largo, cubierto de margaritas amarillas, ondeaba con la brisa, y el delantal, que llevaba el logo estampado de The Cinnamon

Scoop, todavía mostraba una leve mancha de helado de canela seco a causa de los cucuruchos que llevaba sirviendo toda la mañana. Era preciosa de un modo que destilaba seguridad y naturalidad. Nunca tenía que esforzarse demasiado para obtener la atención de la gente o, dicho sea de paso, para ser aceptada. Morgan admiraba el hecho de que supiera con exactitud quién era y no malgastara energía en conseguir la aprobación de los demás.

—Ya no —refunfuñó ella mientras le quitaba una de las botellas de la mano y le quitaba el tapón con ganas—. Que nadie me esté buscando puede ser una buena señal o un indicio del apocalipsis. —Alzó la botella en dirección a su amiga como muestra silenciosa de agradecimiento—. Llevo desde el amanecer corriendo de un lado para otro como un pollo sin cabeza. Lo necesitaba.

—Lo has vuelto a conseguir —dijo Nia mientras miraba en torno al jardín con una sonrisa de orgullo—. Puede que este sea el mejor festival de primavera hasta la fecha.

Morgan iba a abrir la boca para desestimar el elogio de Nia cuando se percató de que había movimiento en el exterior de la carpa, lo que amenazaba con dejar al descubierto su escondite. Cerca de las casetas de los juegos, William Reed se había colocado detrás de su hija, Angel, y la estaba ayudando a lanzar a canasta en la competición de baloncesto. Con una mano guiaba la de ella con cuidado mientras apoyaba el otro brazo musculoso en el marco de la caseta. Cuando la pelota de la niña voló demasiado alto y rebotó en el aro, Will le entregó otro dólar al empleado y dejó que lo intentara de nuevo. El gesto decidido de Angel hizo que se le derritiera el corazón.

Nia siguió la dirección de su mirada.

—Deberías ir a hablar con él.

Morgan soltó un bufido burlón y apartó la vista de golpe.

—¿Te has vuelto loca? Angel está en mi clase de primer curso.

—Más bien estaba en tu clase de primer curso —le clarificó su amiga—. Ahora está en segundo de primaria, por lo que tienes vía libre con su padre —añadió Nia con una sonrisa de medio lado—. Venga ya; tuviste que percartarte de cómo te miraba durante el evento de recaudación de fondos de primavera que se celebró la semana pasada.

–Estaba mirando la mesa de la comida –masculló ella.

–Créeme: no eran los *brownies* lo que lo tenía sumido en un trance.

Acalorada de pronto, Morgan dio un trago largo de limonada. Volvió a posar la vista en Angel, que se estaba riendo con los brazos estirados para recoger el unicornio azul que le estaba entregando el encargado de la caseta. Era demasiado bajita, así que Will le entregó el juguete a su hija con un ademán exagerado, haciendo una reverencia profunda. La pequeña levantó su premio por los aires mientras soltaba un grito de guerra victorioso.

Una mujer mayor se acercó en aquella dirección. Llevaba la melena burdeos peinada en suaves ondas y recogida a un lado con horquillas y mostraba una sonrisa de orgullo en la profundidad de los ojos. Eleanor Langford. Se alojaba en el Daffodil Inn desde el lunes y siempre iba vestida de forma impecable, como si la vida fuera su propia pasarela. Aquel día llevaba un kimono floral vaporoso con unos volantes exagerados que arrastraba por el suelo cuando caminaba. Morgan podría distinguir una prenda a medida de Frankie Templeton con los ojos cerrados. Ella misma era como una valla publicitaria andante de The Velvet Fox Boutique.

Con una mano enjoyada, Eleanor se apretaba contra el pecho una delicada taza de té como si fuese una posesión muy preciada y Morgan quiso pensar que estaría llena de su dosis diaria de manzanilla. Pero, conociendo a la mujer, bien podría tratarse de vodka a palo seco. Angel le enseñó el premio y Eleanor ahogó un grito de alegría antes de unirse a la pequeña en un baile de la victoria consistente en sacudir las caderas.

–Tengo que acabar de ayudar a mi padre a desmontarlo todo. –Nia tecleó algo en su teléfono, devolviendo a Morgan al presente. Entonces, empezó a enumerar con los dedos–. Después me marcharé a casa para darme una ducha y echarme una siesta. En ese orden. Ya sabes lo mucho que me gusta seguir durmiendo a pesar de las alarmas, así que es posible que llegue un poco tarde para el Baile de los Pétalos y las Promesas.

–Espero que elegantemente tarde –le dijo ella mientras se alejaba.

—¡Por supuesto! —replicó su amiga—. Guárdame un bollo de canela y... —Se cubrió la boca con las manos—. Reserva un baile para ese saco de problemas alto y con patas —añadió, señalando sin demasiada sutileza a Will con la mano todavía sobre los labios.

Morgan resistió la tentación de hacerle un corte de mangas por si había algún niño observándolas. Lo último que necesitaba era que su madre se enterara.



El resto de la tarde transcurrió sin incidentes y, a pesar de ser el único responsable del dolor intenso y agudo que Morgan notaba entre los mofletes del trasero, el Daffodil Jubilee llegó al último acto: el Baile de los Pétalos y las Promesas.

El baile comenzó justo cuando el sol se ocultaba tras los árboles, cubriendo los campos de narcisos que se mecían al viento con un resplandor etéreo. La auténtica magia ocurría por la noche, bajo un cielo de estrellas resplandecientes que transformaban el patio en algo que parecía sacado de una de esas revistas de casas de lujo. Se recogían las carpas, las mesas y las sillas y se cubría la hierba mullida con una pista de baile improvisada. La música, que consistía en una mezcla de músicos locales y vinilos viejos de *soul*, se esparcía por todo el jardín y se entremezclaba con las risas espontáneas de las parejas de enamorados y el suave tintineo de las copas de cóctel.

«Puedes hacerlo —se dijo Morgan a sí misma—. No es más que otro festival. Se acabará en...». Miró la esfera de su reloj inteligente. El temporizador que marcaba el paso del tiempo en la esquina superior le indicó que tan solo habían transcurrido veintidós minutos desde el comienzo del baile, pero ella ya estaba harta. Respiró hondo con calma, tal como le indicaban las meditaciones nocturnas con las que se quedaba dormida, para tranquilizar los caballos galopantes que tenía en el pecho.

Por norma general, se habría regocijado de que fuera ese momento de la noche. En apenas unas horas, habría dejado

atrás aquel día infernal que llevaba temiendo desde el comienzo del año nuevo. Podría volver a su vida normal y dormir en su propia cama sin que su madre controlara todos y cada uno de sus movimientos. Estaba segura de que eso era lo que Vanessa prefería. A aquellas alturas, ya estaba acostumbrada a la frialdad de su madre. Desde que se había mudado a su propia casa, en la otra punta del pueblo, nunca la llamaba para ponerse al día con ella a menos que se tratara de un asunto relacionado con el negocio. Morgan podría haberse fugado con un circo para ser la mujer barbuda y, aun así, su madre tan solo le habría soltado un «Qué bien» indiferente por teléfono.

No todo era malo en Vanessa Taylor. Mostraba su dedicación a través del trabajo. Para ella, el trabajo implicaba acción. La acción producía resultados y no tenía tiempo para los asuntos triviales del corazón como el afecto.

Morgan subió al cenador que tendrían que haber derribado años atrás. Era tan antiguo como el terreno sobre el que se alzaba (tenía la pintura desgastada y desconchada a causa de los minerales del agua del río y clavos rebeldes que sobresalían por aquí y por allá), pero su madre estaba obcecada con conservar el «encanto retro» de la pensión, significara lo que significase eso.

Los arcos de los pies le dolían a causa de los zapatos de cuña de doce centímetros y el vientre le rogaba tener un descanso de la faja moldeadora en la que se había embutido a duras penas al principio de la noche. Le levantaba los pechos hasta la nariz a pesar de que llevaba un vestido sin tirantes, por lo que había merecido la pena hacer algunos sacrificios.

Se sentó en el banco de madera, se dio la vuelta y, con cuidado de no clavarse ninguna astilla, pasó el brazo por encima del borde para tener unas buenas vistas del río que fluía junto a ella con lentitud, manso e imperturbable, hasta llegar al océano, que se encontraba a kilómetros y kilómetros de distancia.

Un coro de grillos y ranas entonaba su balada nocturna, dándole una serenata, mientras los mosquitos se esforzaban por evitar sus rápidos reflejos. Hacía una temperatura inusualmente alta para ser abril y el calor era opresivo, pero el

río cercano le ofrecía una brisa tan agradable como el beso robado de un amante.

No era capaz de distinguir en el horizonte dónde acababa el río y dónde comenzaba el cielo. Unas esferas blancas diminutas salpicaban el firmamento nocturno y creaban un caleidoscopio de constelaciones que, cuando iba al colegio, Morgan solía saberse de memoria. Ahora le parecían un mapa complicado que no era capaz de interpretar. Las estrellas se reflejaban en el agua como bancos de peces que brillaban en la oscuridad y se alejaban nadando de Cinnamon Falls. Deseó poder marcharse con ellos.

Dio un sorbo a la copa perlada de condensación que tenía en la mano: un margarita de fresa bien cargado tanto de puré de fresa como de tequila. Sorbió con fuerza, dispuesta a acabarse la bebida de una sola vez. El trago contenía un trozo de fruta que salió disparado hacia el fondo de su garganta como un misil guiado por calor. Se dobló por la mitad y tosió de tal modo que se le llenaron los ojos de lágrimas. Al final, escupió la fresa que había estado dispuesta a matarla, la cual aterrizó con un ruido húmedo junto a unos zapatos de suela dura que se encontraban a la entrada del cenador.

Con los ojos llenos de lágrimas, miró de arriba abajo al hombre que estaba frente a ella. Los zapatos de vestir negros de piel de serpiente asomaban bajo unos vaqueros oscuros con vuelta en los bajos que se le pegaban a los muslos de un modo que hacía que salivara (y no por haber estado a punto de asfixiarse).

Menuda suerte la suya atragantarse cuando el hombre más apuesto de todo Cinnamon Falls estaba de pie frente a ella, sosteniendo el ramo más perfecto que hubiese visto jamás de narcisos color crema y amarillo, sus favoritos. William Reed era una clase de hombre apuesto que no había conocido nunca antes. En un pueblo pequeño, la mayoría de los hombres estaban comprometidos desde que llevaban pañales. Gracias a Dios, Will era un forastero recién llegado (procedente de Macon, según le habían dicho) y corría el rumor sospechoso de que estaba soltero.

Llevaba una camiseta negra de cuello redondo metida por dentro de los pantalones, que se sostenían con un cinturón de

piel de serpiente a juego con los zapatos. Morgan, una mujer a favor de combinar colores intensos, apreciaba su esfuerzo. Una americana color ciruela, que casi brillaba bajo la luz de la luna, le colgaba de los hombros atléticos y podía admirar sus músculos bien definidos por los años de trabajo intenso y sudoroso en el jardín incluso a través de la tela pesada.

Su gesto pasó de la preocupación a la diversión mientras con los labios carnosos e increíblemente besables dibujaba una sonrisa que dejó a la vista dos hileras de dientes tan blancos que resultaban asombrosos. Llevaba las largas rastas recogidas en una coleta, dando protagonismo a su tez suave como la crema de mantequilla. Arrugó la nariz respingona a causa de una carcajada inminente y sus ojos, amables y sonrientes, hicieron que a Morgan se le encendiera la piel por la vergüenza.

Con Will iba a lo seguro, sin complicaciones: una relación amistosa pero superficial. Desde luego, nunca había tenido las agallas para preguntarle por su situación sentimental. Ni siquiera parecía ser el tipo de persona a la que le gustasen las relaciones serias. Sin duda, un hombre tan guapo tendría una caterva de mujeres ansiosas por tener una oportunidad con él. No tenía intención de ser una de esas mujeres desesperadas por recibir una mirada o el atisbo de una sonrisa, a pesar de que, en realidad, podría presentarse para ser la presidenta de su club de *fans*.

Además, las amistades eran algo en lo que destacaba. Ese era su terreno. Las historias de amor caóticas y dignas de un cuento de hadas eran para los demás, para gente más blanda y menos complicada. Había hecho las paces con la idea de ser la amiga graciosa de la historia de amor de otras personas. Era más fácil así: mantener su enamoramiento enterrado en las profundidades del rincón más apartado de su corazón, allí donde guardaba todas aquellas cosas que no se atrevía a desear demasiado.

—¿Son para mí? —dijo con voz ronca. Se enjugó varias lágrimas que se le habían escapado y se incorporó mientras tomaba varias bocanadas de preciado aire.

Will bajó la vista hacia las flores olvidadas y colocó bien algunos de los pétalos aplastados.

—Sí... —respondió con timidez mientras un toque de rosa le teñía las mejillas—. Iba a... Perdona, ¿te encuentras bien?

—Sí —contestó Morgan mientras dejaba la copa a un lado—, pero no sabía que las fresas estuvieran tan sedientas de sangre. Él sonrió de medio lado.

—Nota mental: las fresas quedan prohibidas. —Se metió la mano libre en el bolsillo de los vaqueros y comenzó a mecerse sobre los talones. Morgan señaló las flores—. Perdona —dijo por segunda vez.

Cuando dio un paso al frente en dirección a ella, el zapato se le enganchó con algo que había en el suelo, así que se inclinó hacia delante y perdió el equilibrio. Sus frentes chocaron con una sacudida que la tomó por sorpresa y provocó que una oleada de dolor le recorriera el cerebro y la dejara conmovida. Empezó a ver estrellas y soltó un «ufff» dolorido cuando el cuerpo sólido de Will se estrelló contra el suyo.

Mientras se tambaleaba hacia atrás, Morgan intentó desesperadamente agarrarse a la barandilla para recuperar el equilibrio. El banco de madera atravesó la tela del vestido color lavanda y las astillas se le clavaron en la piel suave de los muslos. A Will se le escaparon de las manos las flores, que se precipitaron por encima de la barandilla y acabaron flotando río abajo.

El hombre aterrizó sobre ella y la inmovilizó con sus fuertes brazos. Lo más probable era que, en circunstancias diferentes, Morgan hubiese agradecido y disfrutado de tener un encontronazo semejante con Will, pero, tal como siempre ocurría en su vida, las cosas tenían que salirle mal sin más.

—Lo siento muchísimo —dijo él sin aliento mientras se ponía en pie a duras penas. Le tendió la mano para ayudarla a levantarse y tiró de ella con tanta rapidez que tuvo que aferrarse a su pecho duro como una roca mientras se le nublaba la vista.

No se le pasó por alto el hecho de que tenían la cara a escasos centímetros de distancia y los labios perfectamente alineados. Si Morgan fuese la princesa de un cuento, su Príncipe Encantador se inclinaría hacia delante, listo para besarla, mientras el sonido de la música se intensificaba y los fuegos artificiales estallaban en la distancia, bañando sus cuerpos

con explosiones de luces centelleantes. Pero no era Cenicienta.

Se sacudió la ropa y alzó la vista hacia él, muerta de vergüenza.

—Al menos vamos empatados en lo que a momentos incómodos se refiere.

Will la miró con un destello travieso en los ojos. Había pasado un año escolar desde que había dejado de darle clases a su hija, pero reconocería esa mirada a un kilómetro de distancia. Era la misma que le dedicaba Angel cada vez que estaba a punto de poner la clase de primero patas arriba.

—A ver si podemos hacer que sean dos de dos. —Will le colocó un dedo debajo de la barbilla y dirigió sus labios hacia los de él.

El tiempo se detuvo.

El resto de los pensamientos ansiosos se le esfumaron de la cabeza. En aquel momento la estúpida fiesta, el dolor de pies o los muslos sangrantes le parecían asuntos triviales.

La melodía de las ranas alcanzó su punto álgido y, durante un breve instante, Morgan se preguntó si de verdad su vida estaba a punto de convertirse en algo sacado de una novela romántica. Will se acercó hacia ella con los ojos cerrados y las piernas se le volvieron de gelatina. Estaba a tan solo unos centímetros de distancia. A unos milímetros... A apenas el susurro de un aliento atrapado entre los labios expectantes de ambos.

Un grito, bestial y gutural, rompió el silencio de la noche, haciendo que una descarga eléctrica le recorriera la columna vertebral. Se separaron de golpe y el momento romántico se alejó volando con el viento de paso.

Miró a Will a los ojos, que estaban llenos de pánico, y, sin mediar palabra, salió corriendo del cenador, bajó los escalones de un salto y fue a toda velocidad hacia la pensión.

—¡Morgan! —exclamó él a su espalda—. ¡Espera!

Le llegaron fragmentos de las conversaciones mientras se abría paso entre la multitud de espectadores que observaban la escena con gesto de curiosidad y horror. Llegó al centro de la muchedumbre, hasta el punto en el que, semanas antes, se había erigido el laberinto de setos gracias a Will y su padre,

dueño de Reed & Roots, la mejor empresa de paisajismo de Cinnamon Falls. Morgan había fingido no estar observando a Will desde la ventana del segundo piso mientras este trabajaba bajo el sol de abril, sudoroso y sin camiseta, anclando los setos al suelo de uno en uno para construir aquel complicado tapiz de vegetación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a la gente que se había congregado a la entrada del laberinto.

Caleb Brewster y un grupo de alumnos de último curso del Instituto de Cinnamon Falls se encontraban allí con el rostro tan pálido como el de un fantasma. Will llegó junto a ella sin aliento y empezó a buscar a su hija entre la multitud.

—¡Angel! —gritó por encima de la muchedumbre, que se volvía más ruidosa a cada segundo que pasaba.

Entonces Morgan recibió la peor noticia de la noche. Caleb sacudió el dedo índice en dirección al laberinto.

—Señorita Morgan, ahí dentro hay una persona... muerta.

Capítulo 2

Will

Ocho horas antes

Como cada mañana fresca de sábado, William Romeo Reed se encontraba enterrado hasta las cejas en la tierra del invernadero de su padre. La luz del sol se expandía por el cielo pálido y se reflejaba sobre el césped cubierto de rocío mientras un alegre coro de petirrojos entonaba una dulce canción. A su espalda, la puerta mosquitera chirriaba con cada soplo de brisa, que arrastraba el leve dulzor de la madre-selva que se enroscaba en torno a la valla perimetral. Will se subió aún más las mangas, manchándose los brazos de tierra, y siguió trabajando con calma y satisfacción junto a la Brigada del Cultivo, media docena de chicos adolescentes procedentes del Instituto de Cinnamon Falls que necesitaban una válvula de escape: algo que hacer en lugar de meterse en problemas.

Con diferentes niveles de esfuerzo, arrancaban malas hierbas del terreno, más interesados en darse codazos los unos a los otros que en enterrar las manos en la tierra. El programa, organizado por la empresa familiar, Reed & Roots, no solo era para plantar tomates y arrancar malas hierbas. Era supervivencia. Y, en el caso de algunos de los chicos, aquella era la primera vez que veían algo crecer gracias a ellos en lugar de a pesar de ellos.

Will acababa de apilar una hilera de cajas de tomates cuando oyó las palabras arrastradas de su padre, que le llegaron flotando desde el terreno colindante.

—Eso de ahí —dijo Calvin, señalando un grupo de tallos altos y elegantes coronados por unas flores en forma de campana

en tonos suaves de rosa y morado— es dedalera. Preciosa, ¿verdad? Atrae a las abejas, los colibríes y toda clase de animales polinizadores. Pero, oídmelo bien, no la toquéis. Si no se manipula de forma adecuada, resulta venenosa.

Will se limpió las manos en las perneras de los pantalones estilo cargo y observó cómo algunos de los chicos daban un paso atrás al unísono, impresionados pero recelosos. Calvin pasó a hablar del caudal de riego y Will cruzó la mirada con la de Caleb Brewster, que se mantenía alejado del grupo.

Para tener dieciséis años, era alto, delgado y enjuto, con la complexión de una mala hierba. Llevaba el ceño fruncido de forma permanente, tallado en el rostro como si fuera una máscara con la que hubiese llegado a sentirse demasiado cómodo. Su tío, el anterior jefe de policía de Cinnamon Falls, Vernon Prescott, solía lucir el mismo gesto. Después de que lo hubiesen arrestado, despedido y condenado por el papel que había desempeñado a la hora de encubrir los asesinatos de Sienna y Rosslyn Rose, Caleb había ido de mal en peor. Había pasado de ser el niño mimado de Cinnamon Falls a ser el paria del pueblo. En clase los jóvenes susurraban a sus espaldas y también a su cara. Algunos decían que Caleb acabaría igual que su tío, que era algo que venía de familia.

Los rumores parecían tener cierto peso, dado que había hecho amistades nuevas en Atlanta que habían aparecido por el pueblo con coches tuneados y cadenas gruesas. Will llevaba suficiente tiempo en el negocio de la vida como para saber que los chicos así no iban a ninguna parte por las vistas. Caleb estaba metido en algo hasta las cejas y él estaba haciendo todo lo posible por sacarlo de ahí.

Tampoco ayudaba el hecho de que, el invierno anterior, la madre del joven, Rhonda, prácticamente lo hubiese acorralado en Bones Barber Shop con las pestañas llenas de lágrimas para rogarle que buscara algo, lo que fuera, que mantuviera a su hijo a salvo y alejado de los problemas. Y, de ese modo, Caleb había acabado formando parte de la Brigada del Cultivo.

Durante las primeras sesiones, apenas había pronunciado una sola palabra. Sin embargo, Will se había fijado en la intensidad con la que prestaba atención y en el hecho de que

permanecía junto a las plantas más tiempo que los demás. Sabía que todavía quedaba algo en su interior a lo que apelar, algo real.

—¿Qué pasa, Caleb? —le dijo.

El chico se encogió de hombros mientras daba golpecitos a un terrón de tierra con la punta de la bota.

—Nada —contestó.

A Will tampoco le gustaba conversar a primera hora de la mañana, por lo que no se lo tomó como algo personal.

—¿Tienes algún plan para hoy? —le preguntó mientras se apoyaba sobre la pala.

—Son las siete de la mañana —se quejó Caleb—. Ahora mismo en lo único en lo que puedo pensar es en volver a la cama.

Will soltó una risita.

—Deberías pasarte por el Daffodil Jubilee. ¿Te acuerdas de ese terreno que nos ayudasteis a cultivar el otoño pasado? Es una locura lo mucho que han florecido las plantas.

El rostro de Caleb permaneció inescrutable, pero Will detectó un breve destello de orgullo en sus ojos. Los demás chicos se reunieron en torno a ellos, curiosos.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Jeremiah English mientras se ponía de puntillas por la emoción—. ¿Nosotros también podemos asistir? —El chico era el más joven del grupo y los ojos todavía le brillaban, llenos de posibilidades.

—Sí —contestó Will, sonriendo—, pero tendréis que encontrar algo decente que poneros. No aparezcáis por allí como si os acabarais de levantar de la cama. ¿Tenéis traje?

Caleb se encogió de hombros.

—Tengo algunas cosas de mi tío.

—¿Un traje para ir a ver flores? —Carl Weathers soltó un bufido burlón—. No pienso ponerme una pajarita ni nada por el estilo.

—No solo se trata de las flores. Hay música en directo, puestos de comida, fotomatones... Asiste todo el pueblo. Al final de la velada se celebra el Baile de los Pétalos y las Promesas. El traje lo necesitaréis para eso.

Los chicos intercambiaron miradas traviesas. Will sabía lo que significaban: chicas.

—¿Qué va a ponerse usted, señor Reed? —preguntó Caleb.

Will no titubeó.

—Algo morado.

Sus carcajadas resonaron a través del campo silencioso. Sobre ellos, un pájaro salió disparado de una rama, asustado. Will puso los ojos en blanco. Caleb sonrió de medio lado.

—¿Morado? ¿Qué pasa, intenta ir a juego con alguien?

Al principio no contestó. Pasó la vista por el campo, donde la luz del sol se filtraba entre los narcisos y la brisa creaba suaves olas entre las flores doradas. En su mente, visualizó a Morgan Taylor riendo y con la cabeza ladeada, probablemente vestida con algún vestido vaporoso de seda morada que haría que el corazón le diese un vuelco. Tenía la esperanza de que aquel fuese el día en el que al fin pudiera pedirle una cita.

—Tal vez —contestó finalmente, más para sí mismo que para el grupo, mientras una sonrisa le torcía los labios—. Vosotros preocupaos por aparecer y nada más, ¿de acuerdo?

Todos ellos estiraron el brazo para chocarle el puño y se dispersaron para ayudar a Calvin con los últimos sacos de compost. Will se quedó rezagado un momento más, observándolos. Sobre todo a Caleb. Se había esforzado mucho por mantener al chico cerca y evitar que se precipitara por el borde de algo que no podría deshacer.

Si darles a aquellos muchachos algo de lo que enorgullecerse podía cambiar el futuro de uno de ellos, cada una de las articulaciones doloridas que tenía en el cuerpo habría merecido la pena. Se dirigió hacia el cobertizo para recoger las herramientas mientras pensaba en qué zapatos se pondría para que combinaran con la americana.



Aquella tarde, en su habitación del Daffodil Inn, estaba tan nervioso que el estómago amenazaba con hacerle vomitar el desayuno. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado tan alterado? Durante el nacimiento de Angel.

Se sacudió los nervios y le dio a su reflejo una charla motivacional silenciosa frente al espejo que llegaba hasta el suelo mientras su hija lo contemplaba, aburrida. Estaba sentada

con las piernas cruzadas sobre la cama doble extragrande de la habitación que compartían y lo miró de arriba abajo con escepticismo antes de seguir garabateando en la *tablet* que, desde que su madre se la había comprado las últimas navidades, se había convertido en su tercer brazo. A él no le había hecho demasiada gracia, sobre todo teniendo en cuenta que Tanya y él habían acordado que Angel se criaría sin pantallas. No había nada de malo en que dibujara de manera tradicional, con lápiz y papel: los artistas llevaban siglos haciéndolo. Sin embargo, no podía decir que no a la mirada de su hija, que suplicaba poder quedársela. Le aterrorizaba la idea de que pudiera acabar resentida con él durante la adolescencia, especialmente por haberlo hecho todo él solo.

No merecía la pena luchar algunas batallas para obtener la victoria. Tenía suficiente con saber que su niña, sana y sonriente, había podido pasar las navidades con su madre al menos una vez. Para ser sincero, no había vuelto a pensar en ninguna mujer desde que Tanya y él habían decidido separarse justo después del tercer cumpleaños de su hija. Además, había estado bastante ocupado con la pequeña.

Pero Morgan Taylor era diferente.

Cuando la había visto el primer día de escuela de Angel mientras saludaba a todos los alumnos nuevos, había sido como si el tiempo se hubiera ralentizado. Su personalidad magnética, aquella sonrisa que hacía que se le plegaran las rodillas y su sentido del humor afilado como un cuchillo hacían que sintiera cosas que creía haber olvidado. Aquel año había mantenido las distancias y la había admirado desde lejos (con énfasis en la parte de «admirar»). Pero ahora que Angel estaba en segundo curso y con una profesora diferente iba a hacer el esfuerzo de conocer mejor a la «señorita Morgan» de la que su hija hablaba tan bien.

A lo largo del último año, se habían dado innumerables ocasiones en las que podrían haber charlado sobre algo que no hubiese sido Angel. Sin embargo, cada vez que estaba cerca de ella, era como si su cerebro aprovechara la ocasión para desconectarse.

Se prometió a sí mismo que aquella noche sería la noche de-

finitiva. Había escogido su conjunto con mucho cuidado el día anterior con la esperanza de ir a juego con Morgan, la obsesa del color morado. Tenía que hacerlo bien: impresionarla, llamar su atención..., lo que fuera con tal de que lo sacara del cajón de la amistad en el que llevaban jugando desde que se habían conocido. Había algo en ella, en el modo en el que su nombre sonaba entre sus labios y en la forma en la que siempre parecía mirarlo de arriba abajo, que hacía que creyera que entre ellos estaba ocurriendo algo; algo que merecía la pena explorar.

—¿Qué te parece?

Se giró hacia Angel mientras se preparaba para su veredicto mordaz. Su hija tenía una peculiaridad: nunca decía una sola mentira; ni siquiera una mentira piadosa para no herir los sentimientos de su padre. La americana morada oscura que había llevado a limpiar y planchar a la tintorería específicamente para el Baile de los Pétalos y las Promesas le había llegado en perfectas condiciones gracias a Marsha Pickens de CinnaSudz. Estaba bastante guapo, al menos según sus propios estándares, pero los de su hija eran otra historia totalmente diferente.

Angel se quitó los auriculares rosa fucsia con forma de unicornio de las orejas y le echó un buen vistazo. Will sintió un dolor en el pecho. Cada vez se parecía más a su madre.

El vestido de fiesta rosa claro que llevaba casaba muy bien con su piel oscura como el ébano, y le resaltaba los ojos marrones. Los apliques de mariposas en 3D le otorgaban a la prenda un aire etéreo y de ensueño. Cuando la niña le había mandado una fotografía del vestido exacto que quería para el baile, él había accedido con una sonrisa forzada. Le había costado una fortuna, pero Angel era una buena chica, lo mejor que le había ocurrido jamás, y se había jurado a sí mismo que siempre le daría todo lo que quisiera. Dentro de lo razonable, por supuesto. Recordaba haberle dado los detalles de la tarjeta de crédito a Frankie Templeton de The Velvet Fox con los ojos cerrados.

Las horquillas de mariposas rosas que llevaba prendidas de los laterales de los moños hacían que pareciera una princesa de jardín salida de un cuento de hadas. Will estaba mejorando

a la hora de peinarla. Estaba acostumbrado a las líneas rectas y al zumbido de las maquinillas de afeitado, pero se estaba tomando su tiempo para aprender a hacer algunos peinados nuevos. Sobre todo moños. Se sentía agradecido por la paciencia de su hija.

No le daba miedo admitir que le costaba ser padre soltero y saber si estaba dándole demasiado o no lo suficiente. Era consciente de que intentaba compensar en exceso el hecho de que la madre de Angel no estuviese muy presente en su vida, pero esas eran las cartas que le habían tocado. Las excusas eran la herramienta de los hombres incompetentes y Will no era uno de ellos.

Sin demasiado interés, Angel le dedicó un gesto de aprobación con los pulgares arriba.

—Estás bien, viejo.

Will puso los ojos en blanco. La semana anterior, su hija había escuchado a hurtadillas una conversación que había mantenido con el abuelo de la niña en la que, bromeando, él lo había llamado «viejo» por quejarse del dolor de rodilla. Desde entonces, se había puesto muy pesada con el tema.

—Ya estamos otra vez con eso de «viejo» —refunfuñó él mientras volvía a girarse hacia su reflejo—. Si yo soy viejo, tu abuelo es todo un anciano.

—Dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo —contestó ella mientras hacía una floritura en el aire con el dedo índice.

Su habilidad para ser sarcástica en el momento oportuno era impecable. Sin embargo, Angel había sido una niña adelantada desde que Will tenía memoria. Con diecinueve meses ya solía mantener conversaciones con él y, en cuanto había comenzado a ir al colegio, había sido imposible impedir que hablara con cualquier cosa que tuviera pulso. En su familia, era una broma recurrente decir que Angel no se había encontrado con un solo desconocido en toda su vida, y Will no tenía ninguna duda de que saldría de aquel festival de primavera con algún amigo nuevo. Había entablado amistad con la señora Eleanor, una anciana (aunque solo en edad) que, al igual que ellos, llevaba toda la semana alojándose en la pensión, y sabía que se moría de ganas por bajar al piso de abajo para buscarla.

—¿Estás listo ya? —le preguntó la pequeña con un suspiro que indicaba que su paciencia se estaba agotando.

El Daffodil Jubilee había coincidido con la semana de vacaciones de primavera de Angel y, dado que se habían alojado en la pensión, poder estar con Eleanor permitía que su hija tuviera algo que hacer que no fuera jugar con la *tablet*. Su vínculo hacía que se sintiera menos idiota por no haberla inscrito en algún campamento de ciencias o en clases de natación, tal como habían hecho el resto de los padres de la Escuela Primaria Morningstar.

Will tenía que ganarse la vida, y Wesley y Vanessa Taylor pagaban una suma decente por mantener los terrenos de la pensión en condiciones prístinas hasta la llegada del festival. Los Taylor habían sido muy amables al ofrecerle una habitación en la que alojarse mientras trabajaba en los terrenos y cuidar de Angel mientras él estuviera en la barbería. Cada día, por la mañana, hacía diligentemente el trayecto de treinta minutos en coche hasta el pueblo para cortarle el pelo a la gente, y regresaba a la pensión para arrancar hierbajos y cortar el césped con su padre bajo el sol de las últimas horas de la tarde.

Las jornadas eran largas; de hecho, agotadoras. Pero, cuando regresaba por las tardes a la pensión y Angel le contaba las aventuras que había tenido con Eleanor aquel día, todos los sacrificios merecían la pena.

En aquel momento, la parte más dura había llegado a su fin. Los narcisos estaban en plena floración y el laberinto, instalado. Habían cortado las hectáreas de césped y habían arrancado y esparcido un tratamiento para las malas hierbas. Si se le permitía decirlo, el jardín había quedado espectacular. La velada se preveía perfecta.

—Ve —cedió mientras señalaba la puerta con la barbilla—. Ve a buscar a tu amiga. Nos vemos abajo en un minuto.

Angel se puso en pie de un salto y arrojó la *tablet* sobre la cama. Junto a la puerta, se puso los zapatos: un par de bailarinas de charol blancas. Antes de alejarse demasiado, se giró hacia él.

—Estás guapo, papá. —Le dedicó una sonrisa resplandeciente y cerró la puerta tras de sí.

Will sacó pecho un poco más. Sí que estaba guapo, y tenía la esperanza de que eso fuera suficiente para llamar la atención de Morgan. En cuanto dispusieran de un minuto a solas, se precipitaría hacia ella con un ramo de narcisos recién cortados y pasarían el resto de la noche bailando lento y abrazados. O, al menos, así era como ocurría en su cabeza.

La puerta se cerró tras él con un chasquido suave. Ya no había forma de volver atrás.

Bajó al piso inferior y atravesó la bulliciosa cocina en dirección a la puerta trasera. Eddie Rutherford, que era el proveedor del *catering* del festival, estaba gritándole instrucciones a alguien a quien no podía ver. Dentro, había un gran ajetreo mientras los camareros se cruzaban los unos con los otros a gran velocidad para dejar y recoger bandejas repletas de *hors d'oeuvres* para la gente que había asistido a la fiesta.

Una joven con el uniforme negro estándar pasó junto a él a duras penas en el estrecho pasillo, cargada con una amplia bandeja de plata que le cubría la cara. Por debajo, le asomaban unas trenzas rubias. Will se apartó justo a tiempo de evitar chocarse con ella. Llegó hasta la puerta trasera sin más percances y se adentró en la noche primaveral.

El aire era fresco y fragante, pues el aroma de los narcisos en flor se arrastraba por el césped. La luz del sol se estaba desvaneciendo, dando paso al suave color índigo de las últimas horas de la tarde. Unas guirnaldas de lucecitas doradas titilaban sobre los terrenos como luciérnagas atrapadas en mitad de una danza.

La pensión estaba transformada. Bordeando el camino de piedra había mesas cubiertas con manteles de lino blanco y jarrones repletos de narcisos amarillos y blancos en el centro. La música flotaba desde unos altavoces ocultos entre los arbustos y el suave punteado de una guitarra acústica acompañaba el murmullo de las risas y el tintineo de las copas de cóctel y los cubiertos mientras los invitados tomaban los aperitivos.

—¡Señor Reed!

Will se detuvo cuando divisó a Caleb y a Jeremiah en una de las mesas. Llevaban las corbatas torcidas y las chaquetas les colgaban de los hombros enjutos. Ambos chicos se estaban

metiendo comida en la boca como si llevarsen días sin comer y, entre bocados, se sonreían el uno al otro. Se acercó a ellos y los saludó con un apretón de manos seguido de un abrazo.

–Qué guapos, chicos. –Le dio un tironcito a la camisa demasiado grande de Caleb–. Un poco arrugada, pero está bien.

–Es como si tu tío hubiera encogido y te hubiera dejado esa ropa –bromeó Jeremiah con la boca llena de algo que estaba masticado hasta acabar hecho papilla.

–¿Y tú de dónde has sacado esos zapatos? ¿De Payasos S.A.? –replicó Caleb, y sus carcajadas resonaron en la noche.

Will sintió una oleada de orgullo ante el simple hecho de que hubieran aparecido y estuviesen allí sentados con la cabeza bien alta.

Les dio a ambos una palmadita en la espalda.

–Chicos, os sabéis arreglar mejor de lo que esperaba –dijo, aunque sus ojos empezaron a vagar por el jardín.

Jeremiah sonrió de medio lado y le dio un codazo a Caleb mientras observaba a Will.

–Alguien está locamente enamorado –canturreó Caleb, lo que provocó otra ronda de carcajadas.

Will negó con la cabeza e intentó no sonreír mientras se alejaba de la mesa.

–Dejad hueco para la cena –masculló.

Con la risa de los chicos siguiendo su estela, se adentró entre la muchedumbre en busca de un solo rostro: el de Morgan.

Recorrió el camino y pasó entre las parejas que iban ataviadas con sus mejores conjuntos primaverales: trajes de lino y vestidos floreados. A juzgar por la multitud, el Daffodil Jubilee era uno de los eventos favoritos de los habitantes del pueblo, tan solo superado por el Fall Fest. Al principio, cuando Angel y él habían llegado tres años atrás, Cinnamon Falls y todas sus tradiciones le habían parecido una tontería, pero se estaba encariñando con el pueblecito a pasos agigantados.

Descubrió a Morgan sentada en el cenador, sola, contemplando el río que fluía junto a ella. Mientras se dirigía hacia allí, se le aceleró el corazón.

El vestido color lavanda, suave como una mañana de primavera, se le adhería a las curvas como si se lo hubieran cosido al cuerpo, lo que estuvo a punto de provocar que Will se

deshiciera por las costuras. No era llamativo como los que habían escogido las otras mujeres, llenos de pedrería ostentosa o purpurina. El escote sin tirantes le enmarcaba la clavícula como si fuera una obra de arte en un museo. Llevaba unas diminutas flores esculpidas repartidas de forma estratégica por el corpiño y bajando hacia sus amplias caderas como si un jardín estuviera floreciendo desde su interior. Incluso los zapatos, unas sandalias de cuña cerradas con tiras, lograban que quisiera hacer algo ridículo, como ofrecerse a llevarla en brazos a través del jardín para que no se los manchara o desabrochárselos con los dientes.

Llevaba la melena recogida en un peinado consistente en una trenza complicada que le resaltaba los pómulos, lo que daba todo el protagonismo a sus ojos almendrados. Quería decirle todo lo que pensaba, pero estaba tan radiante que se quedó paralizado de golpe y el cerebro se le llenó de ruido blanco.

Como si las cosas no hubiesen podido ir a peor, se tropezó consigo mismo y chocó de frente con la mujer con la que soñaba despierto, lo que hizo que las flores que había pasado todo el invierno y la primavera cultivando (desde que eran bulbos hasta convertirse en flores) salieran despedidas por encima del borde del cenador. Y justo cuando la situación había alcanzado un nivel de humillación imperdonable, llegó el grito. El momento mágico que había planeado hasta el último detalle imaginable se esfumó en medio de la noche delante de sus narices.

Mientras seguía a Morgan, lo único en lo que podía pensar era en Angel. La divisó escurriéndose entre las piernas de los invitados a la fiesta, abriéndose paso entre el gentío que se estaba apiñando junto al laberinto. El alivio le recorrió el cuerpo como una ducha fría. No era su niña la que estaba herida. Podía volver a respirar. ¿Pero qué podría haber ocurrido? Le rodeó la cintura con un brazo para arrastrarla hacia atrás, lejos del caos.

Los ojos de su hija, desorbitados por el miedo, se posaron sobre los suyos.

—¡Papá! ¡He oído que se trata de la señora Eleanor!

«No». A Will se le cayó el corazón a los pies. Angel forcejeó

para escaparse de entre sus brazos, contorsionándose y retorciéndose contra su cuerpo fuerte. Él la aferró con más fuerza y la inmovilizó a su lado.

—¡Déjame! —dijo ella con un hipido mientras las lágrimas se le escurrían de los ojos y le golpeaba los brazos con los puños diminutos—. ¡Es ella! ¡Sé que lo es! ¡No he podido encontrarla por ninguna parte!

Will la dejó en el suelo, apoyó una rodilla en el suelo y se aseguró de agarrarla con fuerza del hombro para que no se alejara demasiado de él.

—Dime qué ha ocurrido —le dijo, tratando de mantener un tono de voz calmado en medio del caos absoluto que estaba estallando a su alrededor.

La multitud corría en estampida de un lado para otro. No quería que su hija se alterara más de lo que ya estaba. No dejaba de mirar en torno al gentío, pero no era capaz de divisar a Morgan. ¿Adónde había ido tan rápido?

—¡Es la señora Eleanor! ¡Ahí dentro! —exclamó Angel mientras señalaba en dirección al laberinto de setos por encima del hombro.

Will se sentía dividido. Por mucho que quisiera ver qué estaba ocurriendo, tenía que llevar a su hija a algún lugar seguro y lejos del alboroto. En ese momento ella era su única prioridad. La agarró de la mano, pero ella clavó los pies en el césped mullido.

—¡No pienso marcharme sin la señora Eleanor!

La atrajo hacia sí hasta quedar cara a cara frente a ella. La pequeña se limpió la nariz húmeda con el dorso de la mano. Tenía una mirada feroz y decidida.

—Quédate aquí —le aconsejó—. No te muevas. ¿Me has entendido?

—Pero... —protestó Angel mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Voy a buscar a la señora Eleanor, ¿de acuerdo? Volveré enseguida.

Su hija asintió justo cuando la madre de Morgan, la señora Vanessa, pasaba por allí a toda velocidad. Cuando vio a Angel y Will, frenó en seco.

—¡Will! ¡Gracias a Dios! —Se llevó las manos al pecho ge-

neroso—. ¿Pero qué está ocurriendo? ¡No consigo encontrar a Morgan por ninguna parte!

—Voy a buscarla.

Señaló a su hija mientras suplicaba con los ojos de un modo que sabía que cualquier otro padre comprendería.

—Yo la cuido —le aseguró la madre de Morgan mientras estiraba el brazo para tomar a Angel de la mano—. Vamos adentro.

—Dos minutos —le prometió a la pequeña mientras le daba un beso en la frente.

Entonces entró corriendo al laberinto.